

mujeres encontraron sentado al ángel que les comunicó la Resurrección. Sobre un pedestal de mármol, que se alza en el centro, vimos un fragmento de la piedra que el celeste mensajero hizo rodar sobre la ranura, según la expresión del Evangelista: «Revolvit lapidem». La veneramos y salimos adelante. Un paso más y nos encontramos ante la puerta, tan baja, que tuvimos que encorvar el cuerpo para entrar. La puerta y el interior todo estaba forrado de mármol, mármol blanco y vetado, que desorienta al visitante en el primer momento. Pero aquello era verdaderamente la cámara sepulcral, en que los despojos sagrados del Redentor esperaron desde el viernes por la tarde hasta el domingo por la mañana el triunfo de la Resurrección. Entre las ranuras del mármol se puede divisar aún la rosa viva, que cuando estaba al descubierto era objeto de las santas violencias y los piadosos sustos de los peregrinos, y a uno de los lados se alzaba, incrustado también en mármoles y adornado de íconos y lámparas de oro, el lecho mortuario donde reposó el Cuerpo Divino.

Caímos delante de él los cuatro que habíamos entrado sin poder apenas rebullirnos en tan estrecho espacio. Rezamos, adoramos, besamos la piedra fría y la humedecemos con nuestras lágrimas. No hay palabra que pueda expresar lo que allí se siente. Vi a Eugenio Montes profundamente conmovido y apoyada su cabeza sobre la piedra. Vi a Josefina Weglison abrir su gran bolso, casi una maleta, para sacar las cruces, las estampas, los rosarios, los collares, todos sus recuerdos de Tierra Santa, a fin de tocarlos y restregarlos en la piedra. Allí el tiempo no se cuenta y, por lo visto, debimos prolongarlo con exceso, puesto que a la puerta se oyó la voz fuerte e imperativa de don Gonzalo Diéguez, que nos decía:

—Vamos, amigos, que tienen que pasar todos.»

«No se recordaba de otra que hubiera procedido con más orden y con más fervor. Para decirlo todo, había que reconocer que más de uno le atraía el deseo de admirar a las chicas españolas...»

«Estamos ya cerca del Gólgota, pero el convento de los monjes coptos se interpone en nuestro paso. Es un edificio sólido y espacioso, que nos obligan hacer un largo rodeo, y, lo que es más sensible, a dejar un monumento de la Vía Dolorosa. Aún así el recorrido no es largo, con un paso regular podría hacerse en menos de diez minutos, aunque podemos suponer que Cristo, abrumado por el dolor, rendido por el cansancio y asediado por la muchedumbre, no debió emplear en él menos de una hora. Es poco más o menos el tiempo que tardamos nosotros, deseosos de prolongar nuestro contacto espiritual con el Divino Crucificado, que invisiblemente caminaba delante de nosotros, vacilante, bajo el peso de la Cruz. Subiendo siempre dimos la vuelta al Monasterio copto, y cerca de la iglesia encontramos un relieve que representaba la tercera caída. Del interior salían ecos de salmodias guturales, que venían a mezclarse en el aire tibio y claro del mediodía orientan con los ecos diáfanos de los cantos religiosos entonados por las muchachas españolas.

Henos aquí, por fin, delante de la basílica del Santo Sepulcro. Ibamos a subir a la colina sagrada, al lugar más angosto del mundo, fin de nuestro itinerario, emocionante y teatro de las últimas escenas de la Pasión. Si hay una oración que brota del último entresijo del alma, es la que inspira aquella semioscuridad, la que asciende hacia el cielo al pisar aquella veintena de escaleras y gastadas por millones de peregrinos. Llegamos